

## **Reflexiones en torno al Covid – 19**

Dr. Ricardo Maria Piñeyro Prins

Director del CEIRET – FSOC UBA

A lo largo del desarrollo de la humanidad hay tantos hitos históricos como personas en el mundo, sin embargo, hay algunos que nos atraviesan horizontalmente y que de manera desapercibida cambian el curso de la historia: las pandemias.

El surgimiento del COVID-19 puso al mundo entero bajo el mismo juego, aunque en distintas condiciones. Autores como Snowden realizan análisis históricos de las pandemias pasadas que refleja cómo estas han moldeado a las sociedades. Se identifica a la plaga de Justiniano como la primer epidemia grave y mortal para las civilizaciones antiguas. Tuvo lugar en el siglo V y VI, población mundial perdió entre 25 y 50 millones de personas, es decir, entre el 13 y el 26 % de la población estimada en el siglo VI. La peste negra que a mediados del siglo XIV invadió Europa también es conocida por haber terminado con una gran parte de la población (entre un 30% y 60%), pero a su vez es considerada como la primera epidemia que trajo grandes transformaciones políticas y sociales. Puso en crisis el sistema feudal, ya que al disminuir considerablemente la mano de obra los señores feudales tuvieron que arrendar sus tierras dando origen a las clases burguesas. Otra arista marcada por la epidemia fue la estigmatización, había que buscar un chivo expiatorio. Esto dio lugar a la masacre de Estrasburgo en 1349 donde más de dos mil judíos fueron quemados. De esta manera, podemos ver cómo la epidemia moldeó la política, la economía y los prejuicios sociales, provocando una transformación profunda de la estructura social y económica. La historia continúa, y con la Revolución Industrial en el siglo XVIII se da una profunda crisis de la salud pública. Las ciudades superpobladas, el hacinamiento, la polución, la carencia de infraestructura propiciaron la expansión de los virus tales como el tífus,

la viruela, la tuberculosis. Luego, en 1918 llega la gripe española, conocida como la más grande epidemia del siglo XX, ya que dejó un saldo de cuarenta millones de muertos. En una época sin antibióticos, la iniciativa pasó por aislar a los contagiados y comenzar a investigar en los laboratorios, generando grandes recursos en la investigación médica. De todas maneras, la economía decrecía, dando lugar a la gran crisis de los años veinte, la tensión social aumentaba y se necesitaba un culpable. En las grandes ciudades se señaló a la clase baja y a los trabajadores como los culpables por las condiciones sanitarias en las que vivían. Un ejemplo muy claro de la estigmatización que producen las pandemias es el VIH. A principios de los años 80, los homosexuales fueron el blanco principal de esta epidemia, siendo el sida una de las enfermedades con mayor repercusión social. El siglo XXI comienza con la epidemia del SARS en 2002, AH1N1 en 2009, ébola en 2012 y el COVID-19 en nuestros días. Siendo pensadas como esporádicas y eventuales nunca se pudo establecer una estructura sólida que sirva como respuesta ante estas situaciones.

El coronavirus es la primera gran pandemia en la era de la globalización. Se destaca por su velocidad de propagación, impulsado por la sociedad global actual. El aumento de la movilidad de las personas, que significó un gran avance para la sociedad y la economía en las últimas décadas, se ha convertido en el mejor aliado del virus. Por este motivo, la principal medida que han tomado las autoridades de los países afectados para mitigar su propagación es aislar las zonas contaminadas, cerrar las fronteras, evitar el transporte aéreo, marítimo y terrestre. Como mencionamos previamente, el inicio de la modernidad, junto con la Revolución Industrial y la expansión del comercio, generó una transformación global del espacio en el cual se producen diferentes epidemias. Es importante comprender que es en el espacio social donde se establecen los lazos afectivos y simbólicos, por lo que su modificación impacta en la subjetividad de los seres humanos. El concepto de *corposubjetividad* refleja esta relación entre el sujeto y el espacio. Retomando a Spinoza, rompe con la idea de algo interior como opuesto al mundo exterior. La

*corposubjetividad* alude a un sujeto que constituye su subjetividad desde diferentes cuerpos (orgánico, pulsional, social, político) que se encuentran anudados en el espacio social y dan cuenta de los procesos de subjetivación. De esta manera entendemos que toda producción de subjetividad es corporal en el interior de una determinada organización histórico-social. Por lo tanto, da cuenta de la singularidad de un sujeto en el interior de un sistema de relaciones de producción que constituye el espacio en el que se dan las relaciones sociales en la que -como dice Spinoza- los cuerpos afectan y son afectados por otros cuerpos en el interior del colectivo social. La pandemia provocó una crisis mundial que llevó a que estallara la relación del sujeto con el espacio. A su vez, fue este contexto posmoderno, de capitalismo tardío, el que hizo estallar la pandemia. En este sentido, se reconoce un momento crucial para redefinir pautas y comportamientos que modifican nuestra subjetividad y las relaciones sociales.

La explosión de problemáticas sociales requiere un amplio análisis. Las aristas para considerar son múltiples, sin embargo, la importancia del papel del Estado en esta pandemia da lugar a la reflexión. ¿Cómo se controla una pandemia? ¿cómo se maneja el sistema de salud bajo estas circunstancias? A lo largo de la historia, a las grandes crisis las siguió una fuerte intervención estatal. La Gran Depresión, la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial, fueron eventos que marcaron el comienzo del Estado de Bienestar para abordar el desempleo, la caída de la economía, el colapso del sistema. Frente a situaciones adversas la ciudadanía le exige al Estado que actúe como garante de derechos, siendo el trabajo uno de los factores más importantes. Es su responsabilidad evitar el deterioro de los ingresos y la pérdida de trabajo. Asimismo, el apoyo financiero a las empresas de los sectores más afectados permite estabilizar la economía y el empleo, al igual que la demanda y el consumo. Sin lugar a duda, la centralidad del Estado es fundamental. Sin embargo, como sostiene Castells, el Estado de Bienestar no debe pensarse como rescate frente a una crisis, debe ser el motor del desarrollo e inversión, debe ser

un paradigma. Quedó mucho más que claro que es más costoso abordar una epidemia cuando ya es una emergencia que como un riesgo a prevenir.

Si bien esta pandemia nos afecta a nivel mundial, los contextos sociales de cada nación son muy específicos. Transformar el modelo de la sociedad salarial se ve muy prometedor, sin embargo, en un país como Argentina donde la tasa de informalidad laboral es muy alta, se requiere un enorme compromiso social sobre los derechos laborales. Aquellos que cuentan con la posibilidad del teletrabajo, se enfrentan a factores que antes no debían tener en cuenta. Las desigualdades tecnológicas, la disponibilidad de un ambiente y una computadora propia para poder trabajar, ¿quién es responsable de las condiciones de trabajo cuando este se desarrolla en el hogar? El teletrabajo implica una confusión entre el tiempo de trabajo y el tiempo de ocio, entre el espacio de trabajo y el espacio doméstico, los límites se desdibujan y con ellos las responsabilidades. Las relaciones laborales se modifican, el rol de todos los actores sociales del mundo del trabajo se transforma. La organización Internacional del Trabajo estima que hasta 25 millones de personas podrían quedarse sin empleo. Hace hincapié en que el Estado debe respaldar a los trabajadores más vulnerables y señala que en un mundo en el que solo una de cada cinco personas tiene derecho a una prestación por desempleo, los despidos son una catástrofe para millones de familias.

Esta pandemia puede traer, según algunos autores, consecuencias positivas y negativas y las preocupaciones son demasiadas. Las negativas son las más fáciles de imaginar, las positivas esperemos verlas en los próximos meses. Es vital comprender a la pandemia como un punto bisagra en la reconfiguración de los modelos políticos predominantes. La incógnita que se abre hacia adelante es si las secuelas de la crisis sanitaria, y de la crisis económica resultado de ella y de la reducción de la producción y el consumo, van a llevar a una mayor cooperación internacional o, por el contrario, a un mundo más cerrado y menos cooperativo.